

## Pedagogía del cercano acompañamiento

“La pedagogía amigoniana no es sólo cristiana por *cultura*, sino que lo es también por *fé*. Consecuentemente, quien quiera internarse en profundidad en el *ser y hacer* amigoniano, no podrá renunciar a *saborear*, de alguna manera, el *sentimiento religioso* que inspira sus primeras y más vitales raíces”<sup>1</sup>.

He querido traer este pensamiento –o, si se prefiere, profunda convicción– que expresé en su día en mi obra *Identidad Amigoniana en Acción*, como pórtico de esta conferencia centrada en el valor del *cercano acompañamiento*, que es, sin duda, uno de los valores más castizos e identificantes del ser, sentir y hacer amigoniano.

Y lo he hecho, porque quiero iniciar la profundización de ese *cercano acompañamiento* –aunque sólo sea como en una especie de preámbulo–, desde el hecho religioso, en el que, a mi entender, encuentra dicho valor su más profundo enraizamiento dentro de la *amigonianidad*.

El padre Luis Amigó proclamó, en más de una ocasión: “Propio es del amor el procurar identificarse en un todo con el amado, elevándole de su condición si es necesario o descendiendo de la suya el amante, para procurar una perfecta unión de entrambos”<sup>2</sup>. Y esta su proclama –que constituye una cabal invitación a acercarse e identificarse con el otro– encuentra su fundamento en el misterio cristiano de la *encarnación*.

En su afán redentor, en su afán por ayudar al hombre y a la mujer a encontrar el verdadero sentido a su existencia –y por ende, la *felicidad*– no sólo en el más allá, sino también en el más acá, Cristo, se *encarna*, se hace *carne humana*, asume la realidad del hombre. No se limita a estar o vivir entre las personas, se hace una de ellas, dejando así bien claro que sólo asumiendo la situación del otro, se le puede acompañar, con ciertas garantías de credibilidad y de éxito, en el autoproceso de su propia y progresiva maduración.

Toda la vida de Cristo puede ser leída perfectamente en clave de *encarnación*, de cercano acompañamiento. Vive mezclado entre la gente más sencilla y humilde, introduce en su casa, en su intimidad, a aquéllos que escoge para continuar su obra, y forma con ellos una verdadera “escuela peripatética”, en la que se va aprendiendo en

---

<sup>1</sup> VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 106.

<sup>2</sup> Cf. Ocla, 343 y 783.

contacto con las situaciones y problemáticas propias de la gente que va encontrando y acogiendo en su caminar.

Con todo, hay un texto, en el propio evangelio, que se puede considerar verdaderamente *paradigmático* respecto a la constante *actitud de encarnación*, de *directa implicación* de Cristo, en la vida de quienes le rodeaban, de *cercano acompañamiento* de todo aquel que se encontraba en su camino. Se trata del que se conoce como *parábola del Buen Pastor*<sup>3</sup>, aunque yo personalmente prefiero denominar: *el poema pedagógico del Buen Pastor*. Y en este sentido de *poema pedagógico* os invitaría a interpretar –en el preámbulo aún de esta conferencia– ese texto tan cercano al corazón del padre Luis Amigó, y del que él mismo se sirvió para legar a sus seguidores su testamento: “*Vosotros, zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco. Y no temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces o habréis de poner para salvarla; ni os arredren zarzales y emboscadas*”<sup>4</sup>.

En el poema pedagógico del Buen Pastor, llama particularmente la atención la insistencia con que se resalta la actitud de *cercano acompañamiento*, de *directa implicación*, de *compromiso vital*, de *empatía*, a través de ese *conocer –querer– a las ovejas hasta el punto de llegar a llamarlas por su nombre, y ser conocido –querido– por ellas*; a través de ese *vencer la tentación de huida* y permanecer junto a las mismas, aun en las más difíciles situaciones; a través de ese *ir delante, haciéndose así camino para ellas*, y a través, incluso, de ese *dar cotidianamente la vida, de ese desvivirse en la entrega diaria, para que ellas tengan vida en abundancia*.

La lección del Maestro –que, en un momento concreto, llegó a presentarse ante sus discípulos como “aquel que está en medio de los demás para servirles”<sup>5</sup>– fue aprendida y asimilada por sus primeros seguidores, como atestigua, entre otros muchos, el ejemplo de Pablo, quien –como él mismo confiesa en uno de sus escritos de carácter autobiográfico–: “siendo libre de todos, se hizo esclavo de todos para ayudar a cuantos más pudiera. Con los judíos se hizo judío y con los gentiles, gentil. Se hizo débil con los débiles. Se hizo, en fin, *todo para todos*”<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> Cf. Jn. 10, 1-18.

<sup>4</sup> Cf. OCLA, 1831.

<sup>5</sup> Cf. Lc. 22, 27.

<sup>6</sup> Cf. 1Co. 9, 19-22.

Posteriormente esa actitud de saber *hacerse todo para todos* pasaría a ser un valor irrenunciable y distintivo de los sistemas pedagógicos inspirados en el evangelio, aunque no todos lo resaltarán con idéntica intensidad.

Fiel a la tradición pedagógica cristiana, también el padre Luis Amigó hizo de la *encarnación*, del *cercano y afectuoso acompañamiento*, uno de sus ideales más queridos. Para él era vital que los educadores tuvieran la capacidad de “hacerse todo para todos”, de *implicarse en la vida y actividades de los propios educandos*, de *sentir con ellos*. Y esto que recomendó a sus seguidores –a los amigonianos– lo proclamó así en una estampa personal que hace de San Francisco de Asís, y que parece un claro mensaje para quienes estaban llamados a ejercer su labor tras la senda del Buen Pastor:

*–Se hacía todo para todos –escribe– ; lloraba con los afligidos para mitigar sus penas y buscaba con solicitud, más que paternal, a los extraviados, para conducirles al camino de su recuperación con sus exhortaciones, pero más que todo con la ternura de su amor, pues no conocía límites, en su magnánimo corazón, su compasión y su amor<sup>7</sup>.*

Fundada en las enseñanzas de su iniciador, la propia tradición amigoniana fue descubriendo en esa *empatía* que nace del *diario y cercano compartir actividades*, pero, especialmente, de *compartir sentimientos y vida*, un valor esencial e irrenunciable para poder ser, en verdad, *acompañantes válidos, de los niños y jóvenes con problemas, en la irrepetible aventura de su feliz maduración como personas*. Pues, en definitiva, el cometido principal del educador, según lo entendió –y sobre todo vivió– la tradición pedagógica amigoniana no es otro que: *acompañar desde la cercanía y desde el corazón*.

### *El cercano acompañamiento, “un modo de ser”*

¡Cuánto mal ha hecho a la cultura occidental, con sus inmutables etiquetas, con sus cansinamente perennes *esencias*, con sus *dogmas ontológicos*, el –para algunos grande e intocable– Aristóteles!

¡Qué pena haber olvidado en la práctica a Heráclito, con su innata tendencia al *cambio*, con su canto al *permanente fluir de la vida*!

---

<sup>7</sup> Cf. OCLA, 1020.

¡Qué tristeza haber enterrado tempranamente a Platón, con su *soñar con los ojos abiertos*, con su *romanticismo y optimismo vital*, con su áurea un tanto inocente y hasta infantil!

Durante mucho tiempo –demasiado sin duda– el pensamiento occidental, tributario de la cultura greco-romana y cristiana, se movió en el terreno de las esencias inmutables. El *ser* era tal, tenía su *identidad*, sin que su actividad influyese de forma determinante en la misma. Es más la *actividad* era una consecuencia “natural” de un determinado *modo de ser* (*operari sequitur esse*).

Hubo que esperar a los *existencialistas*, con su gran inspirador –y de alguna manera, “padre”– Heidegger a la cabeza, para que nuestra cultura tomase conciencia de que *el tiempo* –el diario vivir– va *recreando cada día el propio ser*, lo va transformando. La *actividad* dejaba así de ser una *simple consecuencia*, para asumir el rol de *causa-agente de identidad personal*.

Y aunque es verdad que los filósofos no crean la vida, aunque es verdad que la *persona* no empieza a ser *existencia* más que esencia, o mejor, la *esencia* no empieza a ser al mismo tiempo *existencia, vida, cotidianidad*, porque un día Heidegger lo dijera; aunque es verdad todo esto –repito–, sin embargo al reflexionar sobre la vida y sacar sus conclusiones, influyen de forma decisiva en el futuro, a través de la *cultura*. Y la cultura, *sin crearla tampoco, recrea la vida*, le da una específica tonalidad y color.

Y así, tras el existencialismo –y en íntima conexión con el mismo– surgieron las *corrientes personalistas*, que tanto han incidido en la cultura posterior y, de modo particular, en el ámbito de la educación.

Del padre Luis Amigó, no podemos decir que fuese culturalmente tributario de sistemas de pensamiento relacionados con existencialismos, vitalismos..., aunque es verdad –y no es un dato a tener en poca consideración, por más que no sea éste el lugar ni el momento adecuado para profundizar en ello– que, de acuerdo a la tradición franciscana, su línea de formación siguió más a San Agustín –y con él a Platón– que a Santo Tomás de Aquino y a toda una Escolástica tributaria de Aristóteles.

Con todo –y aunque no podamos encuadrarlo, con honradez científica, en dichos sistemas del discurrir filosófico–, el padre Luis Amigó tiene una frase que evoca, con espontaneidad, un cierto existencialismo y vitalismo.

“Cada Congregación –dice– tiene su espíritu propio –su *propia identidad*, podríamos leer– conforme a la misión –a la *actividad*– que le ha sido confiada”<sup>8</sup>.

Y eso que afirmaba el iniciador de la pedagogía amigoniana ha llegado a ser una palpable realidad entre sus seguidores, que, poco a poco, se han ido percatando, con creciente nitidez, como su *actividad* entre los niños y jóvenes con problemas, su *cercano acompañamiento* de los mismos y su *cordial convivencia* con ellos, les ha ido “haciendo”, ha ido configurando su ser –su identidad como personas y educadores– con determinados y determinantes valores, y se han ido percatando también como esa transformación se ha debido fundamentalmente a lo que alguien, hace ya tiempo, denominó el “secreto del zorro”.

### *El secreto del zorro*

–¿Quién eres –dijo el principito–. Eres muy lindo...

–Soy un zorro –dijo el zorro–.

–Ven a jugar conmigo –le propuso el principito–.

–No puedo jugar contigo –dijo el zorro–. No estoy domesticado...

–¿Qué significa domesticar? –preguntó el principito–.

–Es una cosa demasiado olvidada –dijo el zorro–. Significa “crear lazos”.

–¿Crear lazos?

–Sí –dijo el zorro–. Para mí no eres todavía más que un muchacho semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

–¡Por favor domesticame! –suplicó el zorro y añadió– Sólo se conocen las cosas que se domestican.

Y el principito domesticó al zorro... Y el zorro, ya de despedida, le desveló este secreto: *No se ve bien, sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.*

¡Qué manera tan poética y tierna de describir la *empatía*, la *comunidad de sentimientos*, la *creación de lazos afectivos*, el *lenguaje* –a menudo no verbalizado– que se produce de corazón a corazón, que se produce en el entramado de los sentimientos!

---

<sup>8</sup> Cf. OCLA, 1920.

Y la *empatía* ha sido fundamental en el quehacer diario de una pedagogía –como la *amigoniana*– en la que el cercano acompañamiento, más que *cercanía física* –que también es fundamental y la ha habido siempre– ha sido *cercanía afectiva*, como claramente reclaman estos dos textos de autores amigonianos, que, entre otros muchos, he querido seleccionar y traer ahora aquí:

–*El mejor medio para ayudar a los alumnos en su recuperación* –se decía ya en 1902– es “aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con ellos y reír con sus alegrías”<sup>9</sup>.

–*Tengamos en cuenta* –anota otro, unos años después– *que lo que hace una casa de familia acogedora es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo..., que olvida y recuerda... Ese “espíritu de compenetración” es lo que hace acogedora una casa. Y este espíritu existe entre educadores y alumnos en nuestros centros. Pues los educadores viven con los alumnos, comen y juegan con ellos; con ellos alternan y forman una familia cuyo hermano mayor es el educador*<sup>10</sup>.

#### *Acompañantes con talante propio*

Como fruto precisamente de ese saber estar, o mejor aún de ese saber *ser empatía para los demás* y *saber crear con ellos relaciones cordiales*, el educador amigoniano ha ido desarrollando, como ya antes se adelantaba, determinados y determinantes valores que le han ido confirmando un talante propio e identificante. Tales valores encuentran, sin duda, una de sus mejores y más logradas expresiones en este texto de uno de los pioneros de la pedagogía amigoniana:

–*El verdadero amor se muestra* –escribía–: *en lo incansable de la solicitud por auxiliar y amparar; en la fidelidad en guiar y ayudar; en la paciencia en aguardar hasta el tiempo oportuno; en la comprensión con los que yerran; en fin, en la caridad que todo lo espera y todo lo perdona y que permanece fiel incluso al que desdeña la ayuda y al que parece ya un caso perdido*<sup>11</sup>.

Y tales son en verdad los valores más típicos de la amigonianidad:

- *Constancia y fidelidad*, para no desanimarse ni abandonar ante las dificultades y fracasos; para mantenerse fuertes y decididos en la diaria tarea; para actuar sin

<sup>9</sup> Cf. ALACUÁS, Bernardino de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.008.

<sup>10</sup> Cf. CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.866 y 14.204.

<sup>11</sup> Cf. PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11. 123.

las premuras y nervios de quien vive mirando el reloj y ansiando el final de la jornada laboral.

- *Paciencia y comprensión*, para saber esperar al tiempo oportuno; para saber perdonar los errores y retrocesos de los alumnos en el propio proceso educativo; para saber “hacer la vista gorda” ante situaciones que no conviene dramatizar; para no perder la alegría vital, ni tan siquiera en los momentos más aciagos, para poseer, en todo momento, la capacidad de “volver a empezar” y ofrecer así nuevas oportunidades de superación a los alumnos.
- *Esperanza*, mucha esperanza, infinita esperanza, para no dejar de soñar en la recuperación de todos y cada uno de los niños y jóvenes que acompaña en su proceso de maduración humana.

Y –como síntesis de esos valores, y de alguna manera también como base y fundamento de los mismos– un *amor* capaz de querer a cada uno “como es”, o, si se quiere, una *sensibilidad y arte suficientes para personalizar la acción educativa*, procurando ofertar a cada alumno un *tratamiento a la medida*, teniendo en cuenta su *propia personalidad, con sus luces y sombras*, con sus potencialidades y carencias.

Este *tratamiento personalizado y a la medida* –lectura, en clave pedagógica, de la *misericordia* bíblica– implica, además, la voluntad de extremar la dedicación con aquellos alumnos que, dada su situación más delicada o sus carencias más perentorias, necesitan un mayor y más atento acompañamiento, y se posibilita y favorece en la medida en que el educador es capaz de *descubrir y conocer* a sus alumnos *con los ojos del corazón*; con esos ojos que se abren y avisan cuando *se han ido creando lazos emocionales y afectivos con ellos, lazos de empatía*, como ya antes se ha señalado.

### *La cercanía, un modo de actuar*

Si bien es verdad que la acción pedagógica propia ha ido configurando el ser del educador amigoniano, no es menos cierto que ese *determinado modo de ser* ha ido influyendo, a su vez, en la actividad misma, la ha ido optimizando y la ha ido adornando también, cada vez con mayor intensidad, con los valores más característicos de la amigonianidad.

## *La afectuosa acogida*

Un primer ámbito educativo que ha ido cobrando calidad creciente, a partir del talante característico de los amigonianos, ha sido el de la *afectuosa acogida* del niño y del joven al iniciar su tratamiento terapéutico.

El hecho de acoger cariñosamente a los alumnos en el momento de su llegada al centro, en el momento de establecer un primer contacto con sus educadores y con el centro, es ya un importante, y a veces hasta decisivo, impacto positivo de cara a su recuperación.

Me gustaría hacer, a este respecto, una nueva referencia a la cultura bíblica, centrada, en esta ocasión, en otro *poema pedagógico* que, al igual que el del Buen Pastor, ha tenido amplia resonancia en la historia amigoniana, desde los orígenes.

Me refiero al que tiene como protagonista a un padre, al que se le ha marchado de casa el menor de sus dos hijos. Si leemos con detenimiento el relato<sup>12</sup>, nos percataremos de que, cuando este hijo –conocido también como *pródigo*, porque el padre, por sentirlo más necesitado y carente, lo prodigó, lo privilegió en su cariño– se decide a volver a casa, lo hace movido, no tanto por el arrepentimiento de lo que ha hecho, cuanto por el egoísmo de quien piensa primordialmente satisfacer sus necesidades básicas, pero, cuando su padre lo recibe con ternura extremada, con gestos llenos de afecto y con absoluta comprensión, su actitud se transforma y las palabras, que tenía pensadas en su mente: *–Padre, pequé contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros–* brotan ahora, entrecortadas, de su corazón. La vuelta del hijo había pasado de ser una cuestión *gástrica*, a ser una cuestión *cordial*, y quien volvía a casa de su padre, se encontró, sin esperarlo, en la suya propia y el que un día se marchó de casa, ahora acababa de ser “domesticado”. Y todo ello, gracias al cariño recibido y sentido en el encuentro con su padre.

Ya la más antigua tradición amigoniana resaltaba así la importancia de la cariñosa acogida:

*–Desde el momento que ingresa el alumno –se lee en un texto de 1906– debe ser objeto de cuantas atenciones necesita, sin escatimarle nunca el cariño<sup>13</sup>.*

*–La primera obligación de todo educador –se insistía unos años más tarde– es, sea quien fuese el alumno ingresado, recibirlo con cariño. Y la afabilidad se ha de*

---

<sup>12</sup> Cf. Lc. 15, 11-32.

<sup>13</sup> Cf. ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.248.

*extremar sobre todo, en la acogida dispensada a aquéllos que han sido tratados mal y no han gozado de la legítima alegría*<sup>14</sup>.

Con los años el mismo *Manual Pedagógico de la Congregación* –fruto de una experiencia educativa ya centenaria– insistía así, en ese mismo valor de la afectuosa acogida:

*–El recibimiento debe ser “cordial”, con actitud positiva y sincera de ayudar al alumno, sin reticencias ni suspicacias; “comprensivo” del estado en que se encuentra y ofreciendo los medios de que se dispone para mejorar y solucionar la situaciones problemáticas en que vive o en que se encuentra implicado, y “respetuoso”, ya que es una persona a la que se recibe*<sup>15</sup>.

### *El diario y cordial compartir*

El diario y afectuoso compartir con los alumnos ha sido otro de los clásicos y más identificantes valores de la acción amigoniana, que no sólo ha conservado su frescura original, sino que incluso ha ido cobrando nueva luminosidad desde el compromiso personal de los mismos educadores, quienes, sintiéndose llamados a ser “creadores de relaciones cordiales con sus alumnos” y “favorecedores de empatía con ellos”, han ido asumiendo, con renovado entusiasmo, su compromiso de convivir con ellos, de hacerse para ellos *compañía, escucha y palabra*.

Ese *compromiso de cercana, cotidiana y cordial convivencia* –que requiere en el educador una gran capacidad de *amar a sus alumnos*, teniendo presente que *el amor será siempre condición indispensable, no sólo para educar y moldear los corazones, sino incluso para instruir las mentes*<sup>16</sup>– favorece, por otra parte, a veces de forma determinante, el *cambio de la persona*, que, al *sentirse querida y apreciada*, y crecer consecuentemente en *autoestima*, encuentra la motivación y la fuerza suficiente para asumir, en primera persona, la tarea de su propia recuperación vital.

Paradigmático resulta al respecto el comentario que hace Unamuno, en su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, al pasaje en el que las mozas de la taberna que atienden a Don Quijote apaleado y que, al principio, se reían y mofaban de él, por considerarlo un loco, poco a poco, cautivadas por el cariño y cortesía con que las trata él, a pesar de sus burlas, van cambiando su actitud y acaban cuidándole, cual si de un niño se

---

<sup>14</sup> Cf. PAIPORTA, Jorge de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.152.

<sup>15</sup> Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual Pedagógico*, p. 100.

<sup>16</sup> Cf. IGLESIAS, Pedro de la, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 10.015-10.016.

tratará. Y es que –como anota el propio Unamuno, comentado la transformación de aquellas *mozas adoncelladas* por el Quijote: “toda mujer, cuando se siente madre, se adoncella”<sup>17</sup>, toda persona cuando se siente querida, se transforma.

Algo similar se puede encontrar también en la literatura franciscana, donde se recoge el consejo que San Francisco dio a sus frailes para lograr el cambio de vida de unos ladrones que merodeaban uno de los conventos: “Id –les dijo– a proveeros de buen pan y buen vino y acercaos al bosque, donde sabéis que ellos viven y gritad: “¡Venid, hermanos bandidos! Somos vuestros hermanos y os traemos buen pan y buen vino”!. Enseguida acudirán a vuestra llamada. Tended un mantel en el suelo y colocad sobre él el pan y el vino y servídselos con humildad y buen talante... Al día siguiente les llevaréis, además de pan y vino, huevos y queso y les serviréis mientras comen... Y si así lo hacéis, acabarán cambiando de vida por la humildad y cariño que habéis tenido con ellos”<sup>18</sup>.

Es muy posible –como concluyen muchos estudiosos del tema– que ese *relato de los bandidos* sea el pasaje histórico que se esconde tras la leyenda del *Lobo de Gubio*, cuyo mensaje –idéntico al del relato anterior–, resume así el propio padre Luis Amigó: “Para el corazón del hombre, las misericordias son como flechas encendidas que prenden en él el fuego del amor y acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz”<sup>19</sup>.

En sintonía con todo lo anterior, los primeros educadores amigonianos hablaban del afectuoso compartir y convivir en estos términos:

–*Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los educadores, se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen, pues “más moscas se cazan con una gota de miel, que con un barril de vinagre”*<sup>20</sup>.

Por consiguiente *los educadores amigonianos* –se proclamaba ya en 1906– *comen con sus alumnos, con ellos trabajan y con ellos se solazan, toman parte en sus mismos juegos, les responden cariñosamente y sin reservas y establecen con ellos una mutua relación de estima y afecto*<sup>21</sup>.

---

<sup>17</sup> Cf. UNAMUNO, Miguel, *Vida de Don Quijote y Sancho*, en ediciones de Alberto Navarro, 2ª edición. Ediciones Cátedra, Madrid 1992 p. 171-173.

<sup>18</sup> Cf. *Leyenda de Perusa*, 115.

<sup>19</sup> Cf. OCLA, 1058.

<sup>20</sup> Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.313 y VALENCIA, Javier de, en *ibídem*, n. 5.048 y 5.052.

<sup>21</sup> Cf. ALBORAYA, Domingo de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, 6.251.

Y uno de los proyectos educativos amigonianos de la última década, haciéndose eco de ese sentir de la tradición, pero dándole, al mismo tiempo, renovada fuerza y calor, proclama:

*–No hay nada como saberse escuchado y sentirse tenido en cuenta. Es, pues, importante establecer una comunicación educador-educando, cimentada sobre la confianza, el respeto, la intimidad, la escucha, mostrando el educador una actitud de compromiso, de diálogo...*

*Los educadores, además, inmersos en la dinámica cotidiana del grupo, participan de él, de obra, pensamiento y sentimiento, compartiendo así sus ansias, luchas, deseos, penas, ilusiones, esperanzas, proyectos, recuerdos, experiencias...<sup>22</sup>.*

### *La total e incondicional dedicación*

El educador está llamado a ser *hombre-frontera*, es decir, a ser una persona que, sin buscar insanamente dificultades o contrariedades, sabe asumir y afrontar con *libertad*, con *gallardía* y con *alegría* las que cada día va encontrando en *la aventura* –agradable siempre, pero no fácil– *de acompañar a otros en el itinerario de su propia maduración personal*.

Pero esa actitud de *hombre-frontera* es patrimonio de quien es lo suficientemente *fuerte* para no echarse atrás, para no refugiarse en la *retaguardia* de la educación.

Una de las más claras manifestaciones de la fortaleza que se necesita para ser frontera ha sido, tradicionalmente, entre los amigonianos la *dedicación completa* o, como castíamente solía decirse, la *dedicación sin horarios*, que, por lo demás, ha constituido siempre una de las muestras más patentes y testimoniales de la *fidelidad inquebrantable* que ha caracterizado el propio sentimiento educativo.

Siempre la *presencia* afectuosa junto al otro es signo de fidelidad y predilección, pero cuando esa presencia se mantiene en los momentos de más dificultad, adquiere con mayor claridad el tono de un *amor incondicional*.

*El permanecer junto al otro*, cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian los problemas, cuando todos tienden a abandonarle, o el continuar acompañándole de cerca más allá de “lo legal”, más allá de “lo obligatorio y establecido” es una prueba muy testimonial de que se “le quiere por lo que en realidad es”.

---

<sup>22</sup> Cf. *¡Quiero ser feliz!* Residencia Luis Amigó de Villar del Arzobispo, p. 45.

Ciertamente ese ideal necesita, en la actual cultura, una relectura, que lo haga armonizable con la realidad que hoy presenta una sociedad profesionalizada. La justicia social ha recorrido –no cabe duda– durante el pasado siglo XX su verdadera andadura, y sus avances –que constituyen uno de los grandes méritos de la actual civilización– han apartado nuevos y positivos valores al mundo laboral, que no pueden ser ignorados ni ladeados. No se trataría, pues, ahora –a la luz del ideal de la *dedicación completa*– de añorar patrones laborales con interminables horarios de trabajo ya superados, ni de renunciar tampoco a los justos logros sindicales. No sería lógico ni justo. Se trataría de unir a la adecuada preparación técnica, la necesaria *disposición, generosidad y reciedumbre de ánimo*.

Por mucho que se profesionalice, la educación siempre deberá superar el ámbito de lo laboral. Por orientarse, no a la construcción de *objetos*, sino al acompañamiento de *sujetos, de personas*, nadie podrá establecer nunca, para la profesión, un código ético que vaya más allá de unos mínimos. Su ideal –por entrar en el ámbito del sentimiento humano y, por ende, del *arte*– siempre implicará, por parte del educador –y por encima de toda legislación laboral– un amplio margen de maniobra en el que pueda, él, dar cauce a sus “sueños”, y pueda manifestarse como un auténtico *poeta de la acción* educativa.

### *El descomplicado y alegre saber estar*

La descomplicación, la sencillez y la alegría en el *trato*, en el *compartir*, en el *cercano acompañamiento*, es, sin duda, uno de los grandes aportes que hizo, la escuela espiritual y pedagógica iniciada por Francisco de Asís, a la amigonianidad.

Uno de los distintivos de dicha escuela es precisamente el énfasis que se pone en el *talante servicial*. Para Francisco, el *testimonio de amor* es tanto más válido y creíble, cuanto más se actúa con la actitud de quien sabe ser, en medio de otros, “uno más”.

Querer compartir con los alumnos, sin renunciar a la aureola de ser el principal o primero, o sin renunciar a un estatus de privilegio y de distanciamiento clasista, no deja de ser una utopía. Un educador, por mucho que esté involucrado en todas las actividades del grupo educativo, es percibido como *distante* por los alumnos, si, al mismo tiempo, no es capaz de *hacerse uno de ellos*; si no es capaz de *entender* su lenguaje y *hacerse entender* por ellos; si no es capaz de superar las distancias –incluso culturales–

que lo separan de ellos, y proyectar y tender, desde ahí, *puentes de encuentro* con los mismos.

El educador amigoniano ha vivido –como alguien ha dicho– tan *untado de muchacho*, que ha procurado incluso que su porte externo, su mismo estilo de moverse y vestir, no crease distancias entre él y “sus alumnos”.

### *Encarnación es todo el universo*

Y para finalizar os invito a que descubráis, tras las palabras y sentimientos de estos versos del poeta mexicano Alfonso Junco, la súplica que un muchacho, un muchacha, dirige a su educador:

*Así: te necesito  
de carne y hueso...  
Mas el frío conturba en los abismos,  
y en los días de Dios amaga el vértigo.  
¡Y un fuego vivo necesita el alma  
y un asidero!  
Hombre me hicieron, no desnuda  
inmaterialidad de pensamiento.  
Soy una encarnación diminutiva;  
el arte, resplandor que toma cuerpo:  
la palabra es la carne de la idea:  
¡encarnación es todo el universo!...  
Carne soy, y de carne te quiero.  
¡Caridad que viniste a mi indigencia,  
qué bien sabes hablar en mi dialecto!  
Así, suficiente, corporal, amigo,  
¡Cómo te entiendo!  
¡Dulce locura de misericordia:  
los dos de carne y hueso!*

EPLA, Godella 17 de octubre de 2008

*Juan Antonio Vives Aguilera*